

## EN TORNO A *EL MALESTAR EN LA CULTURA*: UN DEBATE DE FREUD CON LA FILOSOFÍA

SYLVIA DE CASTRO KORGI \*

### RESUMEN

Que Schopenhauer constituya la referencia filosófica central de Freud es algo que se constata a lo largo de la obra del fundador del psicoanálisis, particularmente en lo relativo al desalojo del *cogito* de su lugar central en la determinación humana. A partir de la necesaria diferenciación entre el inconciente schopenhaueriano, pensado como el atributo más primitivo y originario de la Voluntad, y el inconciente freudiano, que plantea una dimensión de lo psíquico irreductible a la conciencia, el presente artículo sitúa lo esencial del debate de Freud con el Schopenhauer en torno a *El malestar en la cultura*. Uno y otro destacan el carácter esencialmente negativo de la felicidad, sobre el telón de fondo, explícito, de una concepción del deseo humano como carencia.

---

\* Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D. C., Colombia.

## **REGARDING *CIVILIZATION AND ITS DISCONTENT*: A DEBATE OF FREUD WITH PHILOSOPHY**

SYLVIA DE CASTRO KORGI \*

### **ABSTRACT**

That Schopenhauer is Freud's central philosophical reference is something that shows throughout the works of the founder of psychoanalysis, particularly in those regarding the displacement of the *cogito* from its central placing in human determination. From the necessary differentiation between the schopenhauerian unconscious, conceived as the Will's most primitive and original attribute, and the freudian unconscious, which opens a psychic dimension irreducible to consciousness –the subject being where its effects take place, fundamentally ignoring their cause–, this article presents the essentials of Freud's debate with the philosopher, in regard to *Civilization and its discontent*: both emphasize the essentially negative character of happiness, on the explicit background of human desire as want.

---

\* Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D. C., Colombia.

*Campanada de odio y tumulto de la discordia, soplo pánico de la guerra, sobre estos latidos nos llegó la voz de Freud (J. Lacan)*

## 1. CONVERGENCIA Y DIVERGENCIA

LAS FRECUENTES OCASIONES en las que Freud se refiere a Schopenhauer a lo largo de su obra, más que a cualquier otro pensador del campo filosófico, nos autorizan a sostener que, en efecto, este filósofo, de quien se dice que es el último representante de la filosofía idealista clásica y responsable de la primera herida mortal infligida a la metafísica tradicional, es la referencia filosófica central del fundador del psicoanálisis. Así pues, incluso en contra del silencio que en el pensamiento psicoanalítico contemporáneo rodea esta referencia usual, que en unas ocasiones sirve como sostén en la defensa, y, en otras, como prueba de la originalidad y de la irreductibilidad de las principales piezas del edificio conceptual psicoanalítico a cualquier sistema especulativo, el mismo Freud nos invita a atender a esa particular relación, de encuentro y desencuentro, con el pensador alemán.

Dice Borges que cada autor crea su propio precursor. Y hablando de Borges, bien sabemos de su admiración por Schopenhauer; no sólo lo consideraba uno de los mejores exponentes de la literatura alemana de su época, también afirmó que pocas cosas se le antojaban más dignas de memoria que su pensamiento.<sup>1</sup> Pero, volviendo a nuestro tema, ciertamente Freud sitúa a Schopenhauer como su precursor. Desde 1914, en su *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*, hasta 1932, en las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, Schopenhauer provee de citas o de apoyos a Freud. Habremos de precisar que algunos textos inscriben en un marco particular las referencias al filósofo cuando en ellos Freud trata explícitamente el tema de la incomodidad que resulta ser el psicoanálisis para la ciencia y para la sociedad; pero, en su

---

1. Cfr. BORGES, J.L. "Notas", en: *Discusión, Prosa completa*. Bruguera. Barcelona, Vol I, 1980, 230, y "Epiflogo" a *El hacedor*. Alianza. Madrid, Tres/Emecé, 1983. p. 170

conjunto, las citas son especialmente frecuentes y útiles cuando el fundador del psicoanálisis discurre sobre cuestiones relativas a la existencia de procesos psíquicos inconcientes, mediando la represión, y a la importancia de la sexualidad. En apoyo a sus descubrimientos, Freud afirma que fue el filósofo el primero en llamar la atención, "con palabras de inolvidable acento",<sup>2</sup> sobre estos aspectos de la vida humana.

Así, al parecer, los conceptos propios de una teoría que Freud quería científica, encontraban su antecedente en un pensamiento que partía de supuestos metafísicos. No cualquier pensamiento metafísico, pues la metafísica schopenhaueriana articula la pregunta fundamental por el origen de lo real con la observación detenida de los fenómenos de la vida humana y del mundo en general. Esto se puede ver con toda claridad en la forma como Schopenhauer entrelaza sus argumentaciones *a priori* con demostraciones *a posteriori*, lo cual le permite relacionar de una manera estructural la investigación científica, a la que dedicó una buena parte de su trabajo teórico, con las preocupaciones propias de la metafísica. La obra de Schopenhauer es, tal vez, uno de los pocos intentos del llamado pensamiento clásico alemán en el que se puede constatar cómo metafísica y ciencia buscan complementarse tanto metodológica como conceptualmente. En este sentido, resulta muy ilustrativa la descripción que hizo el filósofo de esta complementariedad en sus investigaciones sobre filosofía de la naturaleza cuando, en su *Metafísica de la Naturaleza*, afirma:

El encuentro entre ciencia y filosofía se asemeja a la situación entre dos mineros que comenzaron a excavar muy lejos el uno del otro en las entrañas de la tierra y van avanzando por su galería al encuentro el uno del otro, teniendo por única guía la brújula y el nivel, momento en que ven llegar aquel minuto de alegría tan deseado, en el que cada cual oye el pico del otro.

En verdad, animada por una ambición de aminorar la brecha entre la filosofía y la ciencia natural, la filosofía schopenhaueriana se situó a medio camino entre la *Weltanschauung* y la

---

2. FREUD, S. "Una dificultad del psicoanálisis", en: *Obras Completas*. Amorrortu. Buenos Aires, 1980, Vol. XVII, 135

*Naturwissenschaft*, en una posición tan particular que una importante corriente científica alemana, en la época del ingreso de Freud a la Universidad de Viena, podía apuntalarse en sus puntos de vista filosóficos en beneficio de una concepción organicista. La metafísica schopenhaueriana no tiene la pretensión de ser un conocimiento que supera la experiencia, ni se detiene en puras divagaciones *a priori*, razón de más para ofrecer una oportunidad rigurosa de combinar la base científica con la especulación. En este punto se nos impone el reconocimiento de la paradójica raigambre filosófica de los representantes científicos que ocuparon un lugar fundamental en la formación de Freud; Fechner, "el gran" Fechner, a quien Freud debe la designación del inconciente como *Otro escenario*, es la figura en que la cual se concreta tal tentativa.

La cita oportuna resuena desde dos ángulos diversos: Freud encuentra en Schopenhauer un aliado filosófico a la hora de defender el psicoanálisis, pero el reconocimiento que hace del filósofo no sólo tiene este matiz de defensa. Tal como lo precisa Assoun<sup>3</sup>, las declaraciones sucesivas sobre los hallazgos del antecedente schopenhaueriano presentan una estructura tan similar que incluso puede resultar monótona; así, en una ocasión, Freud sostiene "en verdad, hace ya mucho tiempo el filósofo Arthur Schopenhauer expuso a los hombres[...]",<sup>4</sup> en otra, dice: "[...] hay otra cosa que no podemos disimular: inadvertidamente hemos arribado al puerto de la filosofía de Schopenhauer[...]",<sup>5</sup> y aún, en otra más, Freud pregunta: "¿[...]porqué un pensador audaz no podría haber colegido lo que luego una laboriosa y sobria investigación de detalle confirmaría?"<sup>6</sup>

Más allá de la defensa, el recurso freudiano al filósofo tiene el sentido del reconocimiento de una palabra que, en el punto culminante del pensamiento racionalista de la época, fue ignorada – veremos por qué–, pero es en el terreno mismo de este reconocimiento que habremos de deshacer una falsa interpretación de continuidad. Freud no deja pasar la ocasión para marcar la distancia;

---

3. ASSOUN, P-L. *Freud, la filosofía y los filósofos*. Paidós. Barcelona, 1982

4. FREUD, S. Prólogo de 1920 a "Una teoría sexual", *Op. Cit.*, Vol. VII, 121

5. FREUD, S. "Más allá del principio del placer", *Op. Cit.*, Vol. XVIII, 48

6. FREUD, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", *Op. Cit.*, Vol. XXII, 100

advierde, paso a paso, que sus descubrimientos anclan en la prueba de la demostración clínica, *a posteriori*; la intuición brillante del filósofo es cuestión, según nos dice, de especulación metafísica, *a priori*.

Entonces, por mucho que Schopenhauer se haya atrevido a elevar la sexualidad, y con ella el cuerpo, a objeto del pensamiento filosófico, y que haya visto en ella un polo del conflicto humano, Freud no se engaña: no lee en ella otra cosa que "el sentido habitual del término".<sup>7</sup> Por sorprendente que le haya podido parecer la anticipación schopenhaueriana de la represión y su gravitación en la locura, Freud advierte que, como concepto, la represión "no podía establecerse en el período anterior a los estudios psicoanalíticos".<sup>8</sup> Por más que Schopenhauer hubiese sostenido la determinación inconciente del actuar humano, su inconciente es, parafraseando a Freud, el inconciente que aquel inaugura en el campo de la filosofía.

Y bien, vale la pregunta: ¿a qué viene entonces la idea de este antecedente intelectual, la idea del precursor? El recurso de Freud al filósofo se nos presenta ahora en una perspectiva novedosa: siendo su referencia filosófica central, también se presta para recusar en ella toda metafísica. Pero, por lo menos, no desconozcamos que el precursor, antes que aquel que precede, es también quien profesa doctrinas o acomete empresas que no hallarán acogida sino en un tiempo venidero. Una palabra ignorada, habíamos dicho, y es que una posición ideológica similar se halla a la base de la admiración de Freud por Schopenhauer; la siguiente cita de Assoun es suficiente para indicarla: "[...] ellos son los profetas de una verdad fundamental que, por su contenido y por las heridas que inflige al narcisismo humano, está condenada a una especie de maldición ideológica".<sup>9</sup>

## 2. EL SÍNTOMA DE LA MODERNIDAD

A CONTRACORRIENTE de la metafísica idealista que cobrara su máxima expresión en la obra de Hegel, Schopenhauer,

7. FREUD, S. Prólogo de 1920 a "Una teoría sexual", *Op. Cit.*, 121

8. FREUD, S. "La represión", *Op. Cit.*, Vol. XIV, 141

9. ASSOUN, P-L. *Freud...*, *Op. Cit.*, 191

contemporáneo suyo, vecino de cátedra por muy corto tiempo, puesto que, en efecto, la descalificación y el descrédito hicieron de él un filósofo marginal, excluido de los medios académicos, se empeña en denunciar la unilateralidad del pensamiento filosófico moderno en lo atinente al lugar primordial de la razón. Podríamos decir que la reflexión de Schopenhauer, quien fuera particularmente afecto al género literario trágico, constituye un esfuerzo filosófico inédito por situar en la escena del gran teatro del pensamiento moderno de occidente el acto de la vida humana en lo que ésta tiene de irreductible a la determinación de la razón. Y veremos cómo esta escena no es otra que la del hecho trágico de existir. Schopenhauer inaugura la página del pesimismo en el pensamiento filosófico.

En la senda de su denuncia, Schopenhauer otorga un lugar al misterio, a lo enigmático, a lo oculto a la conciencia, a lo incognoscible según los cánones de la razón, en fin, a todo esto que él designa con la palabra *Voluntad*. Por supuesto, la voluntad schopenhaueriana no es la categoría de la razón práctica, no alude a la autodeterminación racional, no equivale al concepto moral. En su acepción más general, la voluntad es la otra faz del mundo, carente de razón, aquella que no puede ser acogida por la filosofía de lo claro y lo distinto ni por la ciencia en su actitud racionalista irrestricta. Cosa-en-sí, principio primero sin causa ni fin, desprovisto de todo conocimiento, *de tendencia inconciente*, la voluntad es el fondo primordial, último e irreductible de todo lo existente. Es primeramente impulso ciego, que obra por igual en todos los órdenes de lo real objetivándose en sus fenómenos; fuerza natural que subyace y dirige el paso de la materia por las formas orgánicas dando lugar a la generación de la vida. Su último eslabón, el hombre, es su fenómeno más desarrollado; orden superior de la naturaleza, pues advierte acerca de la emergencia de la razón.

Sujetado a la voluntad, el hombre es, en su determinación originaria, impulso ciego y violento; con el advenimiento de la razón, la voluntad, "que hasta entonces seguía imperturbable su tendencia en las tinieblas con infalible seguridad, se provee [...] de una

antorcha".<sup>10</sup> Luz que ilumina la trágica condición del hombre, punto de emergencia de la conciencia de la muerte, de la debilidad y de la indefensión humanas. La razón, pues, sustrae al hombre de su condición natural.

La razón informa acerca de la sustitución del instinto por el motivo, de la necesidad por el deseo; el hombre se halla así enfrentado a la multiplicidad de los fines de sus actos no dirigidos exclusivamente a la supervivencia, a la complejidad de sus deseos, a la mediación de la representación en la búsqueda de sus objetos. La razón no le asiste, de suyo, en la posibilidad de su superación; ofreciéndose como mecanismo compensatorio para equilibrar la desventaja arraigada en la pérdida de la seguridad indefectible de la voluntad, la actividad reflexiva suple la falta originaria. Pero esta suplencia, que es ganancia en un nivel, es, sobre todo, pérdida: con ella hacen su aparición el temor, la duda, el pudor, la culpa, el error y el dolor. Al sujeto de la voluntad schopenhaueriana, incierto en todo menos en su indignancia, no es la claridad del pensamiento lo que le ha sido otorgado como don distintivo. Schopenhauer se opone, así, a la pretensión de la filosofía del *cogito*. Una falta radical de coincidencia advierte el filósofo entre el sujeto que conoce y el sujeto que quiere.

En esta falta de coincidencia Schopenhauer afirma el primado de la voluntad sobre la autoconciencia; esencia del hombre, la voluntad ordena y la inteligencia "[...] se halla hasta tal punto excluida de las resoluciones ocultas de la voluntad, que sólo tiene conocimiento de ellas (como si se tratase de un extraño) a fuerza de espiarlas y por sorpresa".<sup>11</sup> De esta cita, que nos muestra sin demora el ámbito, metafísico, de la determinación inconciente del actuar humano, un eco resuena en la ilustración de la que Freud concluye con la famosa fórmula según la cual el yo no es amo en su propia casa: "[...] de pronto afloran pensamientos que no se sabe de dónde vienen; tampoco se puede hacer nada para expulsarlos. Y estos huéspedes extraños hasta parecen más poderosos que los sometidos al yo;

---

10. SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. Porrúa. México, 1987, § 27, 127-128

11. SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. Apéndice a la segunda parte. Aguilar. Buenos Aires, 1960, 77



resisten todos los ya acreditados recursos de la voluntad, permanecen impertérritos ante la refutación lógica, indiferentes al mentís de la realidad".<sup>12</sup> Uno y otro, entonces, nos informan que el hombre sobre el que reflexionan se sitúa sobre un eje que no es el de la inteligencia.

En la línea del desalojo del *cogito* de su lugar central en la determinación humana, la analogía se nos revela patente; razón suficiente para deshacerla, tanto más cuanto que, marcado por su pasado, el término inconciente dio origen a muchas interpretaciones pretendidamente freudianas que, como nos lo repite insistentemente Lacan, pudieron "ahogarlo en un linaje de concepciones homónimas" dando cabida a ciertas teorías dualistas de las funciones psíquicas que opusieron lo inconciente a lo conciente "como lo instintivo a lo intelectual, lo automático a lo controlado, lo intuitivo a lo discursivo, lo pasional a lo racionalizado, lo elemental a lo integrado".<sup>13</sup>

Pues mientras lo inconciente schopenhaueriano –*Bewusstlos*– es el atributo más primitivo y originario de la voluntad, aquello que aparece como impulso ciego, esfuerzo misterioso, sordo y oscuro que atraviesa estructuralmente todo lo dado, el inconciente freudiano –*Unbewusst*– plantea una dimensión de lo psíquico irreductible a la conciencia, del cual el sujeto es el lugar de sus efectos, cuya causa él desconoce fundamentalmente. Probada su existencia fenomenal en el campo de la investigación clínica y *a posteriori*, por un procedimiento de inferencia a partir de los efectos concientes de procesos que no devienen tales, Freud sostiene de su inconciente que por mucho que nos sea "tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior",<sup>14</sup> es lo psíquico en sí. Que sea lo incognoscible, algo de lo que no se sabe en realidad qué es, pero que está postulado por conclusiones irrefutables, sugiere una suerte de asimilación entre el inconciente y la cosa-en-sí. En efecto, el objeto de la metapsicología se sustrae al registro fenomenológico, si bien su existencia no se certifica como no sea en esa dimensión.

---

12. FREUD, S. "Una dificultad del psicoanálisis", *Op. Cit.*, 133

13. LACAN, J. "El psicoanálisis y su enseñanza", en *Escritos I. Siglo XXI. México, 1990*, 424

14. FREUD, S. "La interpretación de los sueños", *Op. Cit.*, Vol. V, 600

En los albores de su construcción, Freud confiesa que la metapsicología parece asumir el relevo de la metafísica –"trasponer la metafísica a metapsicología", dice él–,<sup>15</sup> en lo atinente a la posibilidad de explicar las realidades suprasensibles creadas por toda concepción religiosa y mitológica del mundo.<sup>16</sup> En realidad, la estrechez de la metodología de las ciencias naturales, que exhibe "un miope desconocimiento de lo supremo y más difícil entre los problemas de la vida",<sup>17</sup> le impone la exigencia de una superestructura especulativa. Con este recurso, fruto de lo cual es la designación de la metapsicología, Freud supera una suerte de incapacidad de la racionalidad científica para abordar ciertos "datos" que sólo se resuelven a la luz de la sobredeterminación inconciente de la vida psíquica. Y si bien Freud llama, en su descenso a los infiernos, a "la bruja metapsicología",<sup>18</sup> ésta constituye la forma de aprehensión racional apropiada a la objetivación del inconciente.

Así pues, ahora podemos admitir, paradójicamente, que allí, donde en referencia a Schopenhauer Freud rechaza toda metafísica, también, en su recurso a la especulación, se apoya en él. Pero el recurso de Freud al filósofo, ordenado en esa trama compleja de encuentros y desencuentros que hemos pretendido ilustrar, responde no a otra cosa que a los requisitos epistémicos de la disciplina que funda. Y entonces, superando, también aquí, una suerte de impotencia de la racionalidad filosófica para alcanzar ciertos "datos" que toda teoría romántica del inconciente presentaba como inefables, Freud busca resolver lo misterioso y sobrenatural de los actos humanos, el absurdo aparente de ciertos hechos –síntomas, sueños, lapsus–, mediante un proceso causal que tiene su propia lógica y sus leyes de funcionamiento, preservando su inconciente de cualquier noción de fuerza ciega y oscura, zona de sombra, opacidad muda e

---

15. FREUD, S. "Psicopatología de la vida cotidiana", *Op. Cit.*, Vol. VI, 251

16. En 1896, en una carta dirigida a su amigo y confidente W. Fliess, Freud dice: "Espero que querrás prestar atención a algunas cuestiones metapsicológicas [...] Durante mi juventud, sólo aspiraba al conocimiento filosófico, y ahora estoy a punto de realizar este deseo, al pasar de la medicina a la psicología". Freud, S., citado por Assoun, P-L., *Freud...*, 75.

17. FREUD, S. "Las resistencias contra el psicoanálisis", *Op. Cit.*, Vol. XIX, 229.

18. FREUD, S. "Análisis terminable e interminable", *Op. Cit.*, Vol. XXIII, 228.

inefable,<sup>19</sup> y del riesgo inmanente a la racionalidad filosófica, sostenida en una objetividad intangible.

En esa posición intermedia que ocupó el psicoanálisis en su fundación, entre la medicina empírica y la filosofía, que, según su queja, "sólo le deparó desventajas",<sup>20</sup> Freud aseguró la especificidad de su doctrina, recusando, por un lado, la común objetividad científica, y acallando, por otro, los cantos de sirena del inconciente metafísico, principio absoluto, aquel que en la senda de Schopenhauer recibió de Von Hartmann. Así arribó a una concepción positiva, en tanto que racional, de lo inconciente, pensado en su condición de proceso psíquico y en su alteridad efectiva y radical con respecto a lo conciente.

### 3. LA VIDA SOMETIDA A LA MUERTE

AHORA BIEN, es en torno al malestar en la cultura en donde queremos situar lo esencial del debate de Freud con el filósofo. A esta altura, en lo atinente a la reflexión freudiana, nos hallamos al otro lado de la lucha de Freud contra el "conciencialismo"; según sus propias palabras, hemos podido emanciparnos "de la significatividad del *síntoma condición de conciente*",<sup>21</sup> y nos encontramos en la cúspide de una teorización arraigada en el reconocimiento de fenómenos que insisten a favor de lo que Bercherie llama la negatividad en la dinámica psíquica.<sup>22</sup>

Schopenhauer, avanzando en su caracterización, sostiene que la voluntad, en su dominio ubicuo y omnipotente, es una fuerza devoradora preparada para obrar y para ser, y dado que ella sólo quiere querer, se manifiesta como voluntad de vivir; esto es, que insiste compulsivamente en su aspiración a la in-corporación en los diferentes modos de existencia, y no de cualquier manera: al costo del exterminio de unos por la supervivencia de otros. Es, por eso,

---

19. Cfr. COTTET, S. "Pienso donde no soy, soy donde no pienso". En: *Presentación de Lacan*. Dirigido por Gérard Miller. Manantial. Buenos Aires, 1991, 13.

20. FREUD, S. "Las resistencias contra el psicoanálisis", *Op. Cit.*, 229.

21. FREUD, S. "Lo inconciente", *Op. Cit.*, Vol. XIV, 189.

22. BERCHERIE, P. *Génesis de los conceptos freudianos*. Paidós. Buenos Aires, 1996, 409.

disputa y lucha a muerte. Vistas así las cosas, estamos autorizados para deducir que la trama de la vida no es sino muerte y negación, y que la voluntad de vivir es una pretendida afirmación que no puede más que destruir. Expresión de "[...]la nada, de la ausencia de un objetivo final",<sup>23</sup> la vida humana no es otra cosa que voluntad, marcha sin sentido y obligada hacia la muerte, siempre anticipada y repetida en el escenario de combate en el que ella se despliega, ineludiblemente.

*Más allá del principio del placer* es el texto que fecha el punto culminante del arribo freudiano a la filosofía de Schopenhauer, no casualmente, puesto que es allí donde la introducción de la pulsión de muerte marca la ruptura del psicoanálisis con cualquier pensamiento que proponga la búsqueda humana en el sentido del bien.

Freud recuerda al filósofo, para quien "la muerte es el genuino resultado y, en esa medida, el fin de la vida, mientras que la pulsión sexual es la encarnación de la voluntad de vivir".<sup>24</sup> Freud es fiel a su concepción dialéctica, por ello muerte y voluntad de vivir, que no son, en Schopenhauer, más que modos de expresión del conflicto de la voluntad consigo misma, aparecen en su referencia sosteniendo su último dualismo pulsional. Y, sin embargo, habremos de anticipar que Eros, "que cohesiona todo lo viviente",<sup>25</sup> no por ello escapa a la determinación original de toda pulsión, esto es, a la omnipresencia de la pulsión de muerte, sustrato último de toda acción humana.

Así, no es de extrañar que Freud encontrara en Schopenhauer un anclaje para esta teoría; Freud reconoce no sólo su carácter especulativo, también la base biológica a la que acude. Que "lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo",<sup>26</sup> es una de las afirmaciones preferidas del filósofo, para quien "[...] la muerte es el gran

---

23. SCHOPENHAUER, A. *El mundo...*, § 27, 127.

24. FREUD, S. "Más allá del principio del placer", *Op. Cit.*, 48-49.

25. FREUD, S. *Ibidem*, 49.

26. FREUD, S. "Más allá del principio del placer", *Op. Cit.*, 37-38.

reservorio de la vida. De aquí, [...] del Orco viene todo; en él ha sido ya cuanto tiene vida en este momento".<sup>27</sup>

Pero, más allá de esto, la muerte no es, en uno y en otro, la simple constatación de que ella es "[...]la meta de toda vida".<sup>28</sup> El filósofo afirma que la vida, fenómeno de la voluntad, es un tormento mortal que nos arrasa sin cesar, en el que estamos atrapados y al que nos aferramos con la ilusión de escapar de la muerte que acecha en ella misma; la vida consiste en un agotamiento continuo, en una muerte pausada pero insidiosa, y la muerte, tal como nos la representamos, no es otra cosa que el último y definitivo estertor. Freud, por su parte, no reduce la muerte a la inercia de una naturaleza inanimada; apunta, en cambio, al peligro mortal que implica el empuje ciego hacia el deseo, dominado por la tendencia demoníaca a la repetición. En efecto, la compulsión a la repetición anuncia el más allá que vulnera el principio del placer y en el que se instaura el poderío de la pulsión de muerte. Entonces, que los seres humanos se deban a la muerte no es, pues, lo que Freud devela; examinando la experiencia humana en la trayectoria de la vida, descubre que el hombre se encuentra dominado por un principio que lo empuja a la muerte.

En el telón de fondo de ese texto sin pretexto que es el infierno terrenal, Schopenhauer nos ofrece una descripción fenomenológica del acontecer de la vida humana y de las relaciones entre los hombres, y es allí donde apuntala una reflexión ética que no tiene aspiraciones de filosofía práctica en el sentido de la ética kantiana del deber. El juego de la vida humana consiste "en el perpetuo paso del deseo a su realización y de ésta a un nuevo deseo";<sup>29</sup> pero, determinado por la voluntad, el deseo es estructuralmente insaciable. Por su origen y por su esencia, está, pues, condenado a la insatisfacción y al sufrimiento, reducido a revelar la carencia en la que se instala y en la que concluye, indefinidamente, hasta la muerte. Schopenhauer recoge esta fatídica concepción de la vida humana en

---

27. SCHOPENHAUER, A. "Aforismos sobre la sabiduría de la vida", en *Parerga y Paralipomena*. Ibris. Málaga, 1997, 242.

28. FREUD, S. "Más allá del principio del placer", *Op. Cit.*, 36.

29. SCHOPENHAUER, A. *El mundo...*, § 27, 127.

una sentencia: "En esencia, toda vida es dolor".<sup>30</sup> En las antípodas de la ética aristotélica de la felicidad, la reflexión ética schopenhaueriana inscribe filosóficamente la condición humana no ya en su carácter negativo como privación del bien, sino en la dimensión de la positividad. Y "Sufro, luego existo", bien podría ser la fórmula que resume la existencia en el pensamiento del filósofo.

Freud no sostiene, en efecto, el dolor como esencia de la vida, pero sí constata que soportar la vida es la tarea más propia de los hombres, y que aquello que estos "dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida", esto es, en su meta positiva, la ausencia de dolor, y, en su aspecto negativo, vivenciar el placer, es un programa que "entra en querrela con el mundo entero, con el macrocosmos tanto como con el microcosmos. Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo –sin excepción– lo contrarían".<sup>31</sup>

En este estado de cosas, así como para Schopenhauer "[...]la satisfacción verdadera no existe, puesto que es el punto de partida de un nuevo deseo, también dificultado y origen de nuevos dolores [...] y jamás hay descanso final; por lo tanto jamás hay límites ni términos para el dolor",<sup>32</sup> para Freud "el propósito de que el hombre sea dichoso no está contenido en el plan de la Creación".<sup>33</sup> Formulaciones que resuenan en eco y que no se detienen en la descripción fenomenológica: apuntan a situar el carácter esencialmente negativo de la felicidad. Así, Schopenhauer afirma que, puesto que la condición de la satisfacción es un deseo, "de aquí se sigue que la satisfacción o felicidad no pueda ser nunca más que la supresión de un dolor [...]. Nunca logramos otra cosa más que vernos libres de un dolor o de una necesidad, es decir, hallarnos exactamente igual que antes".<sup>34</sup> Y Freud dice: "[...] lo que en sentido estricto se llama felicidad corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas [...], y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el

30. SCHOPENHAUER, A. *Ibidem*, § 56, 243.

31. FREUD, S. "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, Vol. XI, 76.

32. SCHOPENHAUER, A. *El mundo...*, § 56, 243.

33. FREUD, S. "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, 76.

34. SCHOPENHAUER, A. *El mundo...*, § 57, 249.

principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado".<sup>35</sup>

Freud advierte, pues, que el programa del principio del placer no es guía acertada para la indagación de la vida humana. El hombre recorre los caminos del más allá del principio del placer, por los que Freud nos conduce en *El malestar en la cultura*, y no es osado poner en paralelo su idea central de la cultura como fuente del dolor con la reflexión schopenhaueriana acerca de la máxima expresión del dolor en la vida humana en cuanto que es ahí donde asistimos a la articulación de la voluntad con la razón. En virtud de esta articulación, de la que ya hemos seguido sucintamente sus pasos, el hombre hace cosas peores de las que, por sí sola, la voluntad haría. La crueldad humana alcanza el "privilegio" del refinamiento. El hombre es siniestro.

En los primeros capítulos de *El malestar en la cultura*, Freud nos informa que el elemento cultural por excelencia está dado con los intentos de regular los vínculos sociales entre los hombres. El poder de la comunidad sobre la violencia bruta del individuo, y, en un grado superior, el orden jurídico garante de la convivencia humana, reposan sobre la renuncia pulsional de los seres humanos, sin que, no obstante, pueda someterse lo que allí llama un "resto de la personalidad originaria". Resto que Schopenhauer reconduciría al carácter de la voluntad humana que quiere todo para sí y que busca dominarlo todo arrollando lo que le opone resistencia al precio de sacrificarlo todo para conservar su persona. Aquí el filósofo establece el egoísmo como "discordia original, [...] fuente inagotable de dolor, a pesar de todas las precauciones que en este terreno se han tomado"<sup>36</sup>, y punto de partida de la lucha del hombre contra el hombre. El egoísmo funda la agresión entre los hombres y la injusticia en todas sus formas como invasión de la esfera de la afirmación de la voluntad ajena, contra cuyos excesos se han

---

35. FREUD, S. "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, 76.

36. SCHOPENHAUER, A. *El mundo...*, § 61, 260.

levantado tanto el remordimiento, en el plano individual, como el pacto social, origen del Derecho y del Estado.

A partir de la limitación de la vida sexual como exigencia cultural, Freud avanza hacia aquel factor perturbador que hace necesaria tal limitación, para descubrir el rasgo indestructible de agresividad inherente a la dotación pulsional humana, y en un movimiento de ida y vuelta, frente a aquello que justifica el mandamiento del amor al prójimo, se pregunta "¿quién, en vista de las experiencias de la vida y de la historia, osaría poner en entredicho el apotegma",<sup>37</sup> según el cual *Homo lupus homini?* Aquí, donde Freud hace notar que el mandamiento del amor sólo se justifica por el hecho de que nada contraría más a la naturaleza humana, Schopenhauer sostiene que el hombre, fuerza urgida de la naturaleza, es el único entre todas las especies que deviene *contra natura*.

Podríamos sostener que Freud otorga el nombre de pulsión de muerte al malestar en la cultura: "Inclinación innata del ser humano al mal, a la agresión, la destrucción y, con ellas, también a la crueldad"<sup>38</sup>, la pulsión de muerte se opone al programa civilizador de Eros. Muerte y Eros comparten el gobierno del universo, y su discordia, "aquella gigantomaquia que nuestras niñeras pretenden apaciguar con el *arroró del cielo*"<sup>39</sup>, señala el contenido esencial de la vida, por eso, concluye Freud, "el desarrollo cultural puede caracterizarse sucintamente como la lucha por la vida de la especie humana".<sup>40</sup> También la vida de los hombres en la cultura podría concebirse como la lucha por vencer la hostilidad de uno contra todos y de todos contra uno, al precio de dirigirla contra sí mismo. Pues, ciertamente, allí donde cada uno retrocede encuentra su propio sufrimiento.

También para Freud el egoísmo funda la dimensión de lo insoportable del otro a partir de lo cual, todavía dentro de la dimensión del principio del placer, el prójimo y el enemigo establecen una ecuación mortífera. Pero donde Schopenhauer sitúa el

---

37. FREUD, S. "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, 108.

38. FREUD, S. *Ibidem*, 116.

39. FREUD, S. *Ibidem*, 118.

40. *Ibidem*.



par egoísmo-remordimiento en el ámbito de la fenomenología de las relaciones humanas, Freud nos conduce más allá, al punto en el que la agresividad humana no es solamente voluntad de poderío del yo sobre el otro, sino que responde a una voluntad más profunda, cuyo único objetivo es la destrucción. Así, del arrepentimiento debido al crimen originariamente perpetrado –aquel acontecimiento fundador de las instituciones humanas que Freud expone en *Totem y tabú*, en el que los hijos asesinan al padre primordial de la horda primitiva– somos llevados a la conciencia moral y, aún, paradójicamente, a la renuncia misma al deseo, esto es, a la virtud, como fuente de incremento del sentimiento de culpa. Es decir, que Freud nos muestra la génesis del sentimiento de culpa en la pulsión de muerte actuando a través de superyó.

Y es aquí, siguiendo a Freud, donde la difícil referencia biológica que sostiene en la reproducción de un estado anterior inanimado su planteamiento de la pulsión de muerte se nos revela en su dimensión histórica,<sup>41</sup> y se transmuta en mito. Pues, en efecto, recurriendo a aquel mito de la fundación de la cultura en su articulación con otro, esta vez el de Edipo, el mito de la institución subjetiva, Freud puede sostener el eterno retorno del pasado, la tendencia "que devuelve vivencias pasadas que no contienen posibilidad alguna de placer",<sup>42</sup> de tal modo que "no es decisivo que uno mate al padre o se abstenga del crimen; en ambos casos uno se sentirá culpable, pues el sentimiento de culpa es la expresión [...] de la lucha eterna entre Eros y la pulsión de destrucción o de muerte".<sup>43</sup>

El retorno del deseo, imperecedero e insaciable, es aquello que plantea la muerte en la vida; por su esencia, el deseo busca franquear la barrera de la prohibición y aun acatándola, vía la renuncia, genera sufrimiento. El superyó marca el deseo como peligroso al tiempo que exige su satisfacción asegurando, así, un círculo trágico, en cuyo trasfondo no es atrevido suponer el esquema schopenhaueriano del deseo y la satisfacción.

---

41. Cfr. FREUD, S. "Más allá del principio del placer", *Op. Cit.*, 37.

42. FREUD, S. *Ibidem*, 20.

43. FREUD, S. "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, 127

En los estratos de las formas de sociabilidad, desde la familia, en la que el conflicto se exterioriza en el Edipo, hasta la sociedad extendida, que plantea al ser humano la tarea de la convivencia, Freud encuentra en el refuerzo del sentimiento de culpa la condición de posibilidad de los vínculos humanos; esto es, de nuevo, "la eterna lucha entre amor y pugna por la muerte [...] acaso hasta cimas que pueden serle difícilmente soportables al individuo".<sup>44</sup>

¿De dónde esta insistencia freudiana en la lucha cuando estaríamos tentados de afirmar, en todo caso, que ella se resuelve con la victoria de la muerte en sus implicaciones "pulsionales" de sufrimiento en exceso y repetición? Se ha dicho que *El malestar en la cultura* es el texto cumbre del talante pesimista del pensamiento freudiano, uno de cuyos primeros hitos, explícitos, se remonta al pequeño artículo sobre "temas de actualidad", de 1915, titulado *De guerra y muerte*, en el que, para no dejarlo pasar, afirma que "si se nos juzgara por nuestras mociones inconcientes de deseo, somos, como los hombres primordiales, una gavilla de asesinos".<sup>45</sup>

Más allá de la disputa en torno al pretendido pesimismo de Freud, que, de ser así, bien podríamos considerarlo heredero del pesimismo de este "filósofo de la muerte", todo nos indica que no hay, en Freud, lugar para consideraciones optimistas. Es cierto que el trasfondo del pensamiento pesimista sitúa la felicidad como meta inalcanzable allí donde la ilusión fracasa; cuestión de impotencia, no de imposibilidad; Freud, en cambio, la impugna, tanto como refuta otra ilusión, la del progreso. Pero lo refuta también en lo que compete a la subjetividad, y no de cualquier manera: echando mano del carácter más originario y elemental de la pulsión; así, dice: "[...] tenemos derecho a sostener [...] que la conservación del pasado en la vida anímica es más bien la regla que no una rara excepción".<sup>46</sup> En todo caso, es la otra cara del progreso la que Freud nos muestra en la imposibilidad del hombre para situarse en acuerdo con el mundo de los ideales sociales y de sus valores correspondientes: paz, concordia, bondad, progreso... En definitiva, la fenomenología de la violencia

---

44. FREUD, S. *Ibidem*, 128

45. FREUD, S. "De guerra y muerte. Temas de actualidad", en *Op. Cit.*, Vol. XIV, 298

46. FREUD, "El malestar en la cultura", *Op. Cit.*, 72.

entre los hombres queda, así, supeditada a una teoría que sitúa en lo originario de la pulsión el empuje a la destrucción.

Tras el drama de la existencia humana Freud descubre la vida cautiva de la muerte; por eso, vistas las cosas desde la perspectiva del arraigo de su teoría en el pensamiento schopenhaueriano —que postula que la vida es sólo muerte y destrucción— sorprende que algunos años después de *El malestar en la cultura* Freud pueda alejarse de aquel puerto de la filosofía en el que vislumbró su antecedente. En una de sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, destinada a la vida pulsional, Freud responde a sus objetores, quienes podrían decirle "encogiéndose de hombros: *Esto no es ciencia de la naturaleza, es filosofía schopenhaueriana*",<sup>47</sup> que el psicoanálisis no afirma que la meta de la vida sea la muerte y que no deja de situar, junto a la muerte, la vida. A nuestro modo de ver, pensada en términos de su disputa con los filósofos, ésta es una versión de la discusión que Freud planteó pocos años atrás, cuando advirtió que el cuadro dramático de la vida humana, sugerido por una perspectiva unilateral en la consideración del dominio de las fuerzas demoníacas del ello, corría el peligro de convertirse en "el pilar básico de una *cosmovisión psicoanalítica*".<sup>48</sup>

Ciertamente Freud parece oscilar entre una tendencia restitutiva, que sostendría a Eros, y la compulsión a la repetición, e insiste en la mezcla de Eros y destrucción como condición del aplacamiento de la pulsión de muerte; pero encuentra tal fusión justamente en los destacados ejemplos del sadismo y el masoquismo y, aún, prescindiendo de los componentes eróticos, continúa afirmando lo originario de la pulsión destructiva, sea que permaneciendo en el interior trace las vías de la autodestrucción, o que conducida al exterior adquiera el carácter de la agresión. "Destruir a otras personas o cosas para no destruirnos a nosotros mismos",<sup>49</sup> la pulsión busca reintroducir en la sociedad aquello que amenaza la integridad del hombre; en eso consiste su naturaleza conservadora, aliada entonces a la compulsión demoníaca. Nos explicamos porqué Freud concluye

---

47. FREUD, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", *Op. Cit.*, 99.

48. FREUD, S. "Inhibición, síntoma y angustia", *Op. Cit.*, Vol. XX, 91.

49. FREUD, S. "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", *Op. Cit.*, 98.

que la única forma de vida posible sea aquella en la que el hombre se comporta como enemigo de la civilización.

La muerte no es, pues, la desintegración del ser vivo, es Eros sometido a la repetición compulsiva; ¿acaso no halla esto su mejor expresión en otro mito, el de Aristófanes en *El Banquete* de Platón?

Suena paradójico que Freud ilustre la mezcla pulsional con esa idea de la pulsión de muerte puesta al servicio de Eros, "sobre todo en su vuelta hacia fuera en calidad de agresión",<sup>50</sup> pero es esa idea la base de su denuncia de la devaluación a la que Schopenhauer sometió la vida. Y es que, en efecto, habiendo afirmado el círculo diabólico de la voluntad de vivir, el filósofo deduce que la única salida posible es su aniquilación; sosiego, quietismo absoluto –para cuya expresión acude al mito vedanta del *Nirvana*–. El punto de partida de esta renuncia es el remordimiento que anuncia la virtud, al suponer la superación de la individualidad: de no afirmarse la propia voluntad arrasando y negando todas las demás, el individuo podría reconocer en estas últimas su propia esencia, y este reconocimiento, que es el del dolor ajeno, constituye el germen de la piedad y del amor al prójimo. La felicidad y la bondad, finalmente admitidas, se estiman en términos de la muerte del deseo.

Schopenhauer sabe que sólo una ilusión nos hace creer que el placer y el dolor son cosas por entero diferentes; el placer tiene en el dolor su compañero inseparable, pero el dolor es fuerza salutífera, fortalece a quien recorre el camino de la renuncia a la voluntad de vivir. En la senda hacia ese más allá del placer, Schopenhauer sitúa, de manera estratificada, a sujetos excepcionales capaces de la creación artística y de la contemplación de lo estético, del amor desinteresado a la humanidad, el ascetismo y, finalmente, la santidad. Camino hacia lo imposible que sostiene la experiencia mística, por paradójico que nos resulte de parte de un filósofo que quiso cuestionar toda trascendencia.

No podríamos dejar de recordar aquí que en el cuadro de la desdicha humana y su imposible resolución, Freud pasó revista por la

---

50. FREUD, S. *Ibidem*, 100.

diversidad de métodos a los que acuden los hombres para evitar el sufrimiento, métodos cuya esencia consiste en operar sobre la vida pulsional, atemperándola o, incluso, aboliéndola. Entonces, algunos moderados y, por lo mismo, menos eficaces, para los cuales la sublimación y el recurso a la fantasía prestan su apoyo, entre ellos, el goce estético y el amor; otros enérgicos, sea que con su aplicación el eremita o el delirante rompan los vínculos con la realidad, sea que el asceta sacrifique la vida, mate las pulsiones, para recuperar, por este camino, la dicha del sosiego. Freud culmina su exposición sobre los intentos de defensa de los hombres contra el sufrimiento aduciendo esa más común "técnica de vida" en la que el refugio en la neurosis ofrece, al menos, satisfacciones sustitutivas. Hemos sido conducidos, pues, al ámbito del síntoma, punto de partida de la teoría y la cura psicoanalíticas.

Y bien, frente a una común perspectiva trágica de la vida humana, mientras Schopenhauer sostiene que el hombre es un "enfermo metafísico" cuya única salida, una vez desenmascaradas la crudeza y la realidad del dolor, consiste en la renuncia a la vida, Freud, habiendo descubierto los lugares donde la pulsión de muerte se asienta en la clínica, abre las vías de una terapéutica en la que la dimensión ética encuentra su lugar en el reconocimiento de que el hombre no busca su bien. Posición paradójica la de esta terapéutica que, al develar que a toda demanda de cura se opone una *voluntad* originaria que busca la felicidad en el sufrimiento vía el cultivo del síntoma, podría hacer suya la máxima "Sufro allí donde existo". Al psicoanalista no le está dado desconocer, a riesgo de equivocar el camino, aquello que del malestar en la cultura se instaura como incurable.

¿Acaso podríamos concluir diciendo que el fundador del psicoanálisis radicaliza la perspectiva trágica del filósofo? Pues *más allá del principio del placer* hemos encontrado el eco rugiente de la voluntad de destrucción sin paliativo alguno que nos pueda aportar, en vida, la ilusión de una muerte salvadora. La campanada de odio, el tumulto de la discordia y el sople pánico de la guerra, antes que calificar el contexto histórico sobre cuyos latidos nos llegó la voz de Freud, nos sugiere una presencia irreductible: la de aquello que Schopenhauer afirmó, aunque luego se empeñara en negar, opción mística de por medio. Pero, que la negación de la voluntad de vivir

tenga precisamente por condición lógica su afirmación, he aquí el verdadero alcance del antecedente freudiano.